

# Aranguren, el intelectual

## Aranguren, the intellectual

<JOSÉ IGNACIO EGUIZÁBAL

Catedrático de Instituto de Educación Secundaria

jieguiz@yahoo.com

**Resumen:** El primer texto de Aranguren sobre el intelectual (1959) ya lo señala como la conciencia moral de la sociedad. El encargado de reducir la distancia entre lo que es y lo que debe ser. En 1969 apunta la necesidad de que el intelectual se independice de la sociedad a la que pertenece para poder criticarla y ponerla en cuestión. Asimismo propone la democracia como moral. Su labor como intelectual en el franquismo y el post-franquismo resultó fundamental. Entendió el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981 como el afianzamiento, la mayoría de edad, de la joven democracia española.

**Palabras clave:** Aranguren, intelectual, conciencia moral de la sociedad, democracia.

**Abstract:** Aranguren's first document about the intellectual (1959) was already shown as the moral conscience of society. The person in charge to reduce the distance between what it is and what it should be. In 1969 it is pointed out the need of the intellectual to become independent of society to which he belongs to, in order to be able to criticize and generate doubts about it. Likewise, he proposes Democracy as moral. His job as an intellectual in Franco and post-Franco period became fundamental. He understood the events on February 23<sup>rd</sup> 1981 as the consolidation of Spanish democracy.

**Keywords:** Aranguren, intellectual, moral conscience of Society, democracy.

**A**ranguren nació en 1909; perteneció, por tanto, a la llamada generación del 36. La generación de Laín, Ridruejo o Marías. Una generación “arrojada” según nuestro autor usando un término de Laín:

[...] “arrojados” a la guerra; arrojados porque la vivieron con arrojo, arrojados porque lo fueron a la cárcel, al exilio; arrojados porque lo fueron de su modo de vida, tendiéndola que volver a empezar, arrojados también y a cientos de miles, de la vida misma; arrojados, en fin, y a esto quería llegar, dentro de sí mismos o, a lo sumo, a una vida privada interpersonal, confinados en ella porque, más o menos oscuramente, teníamos conciencia de que, en la vida pública, a la que no se puede nunca renunciar sin mutilarse, estábamos de más (Aranguren 1969, 67).

La experiencia de la guerra produjo en Aranguren un ensimismamiento, una retirada a la interioridad, ventilada por una religiosidad profunda y un interés por la mística. Especialmente, San Juan de la Cruz. Este periodo intimista ya está terminado en 1955 cuando consigue la cátedra de Ética y Sociología en la Universidad de Madrid.

Desde esta posición inicia en 1959<sup>1</sup> su interés por la función y el sentido del intelectual. Para Aranguren el intelectual es el sucesor actual del moralista clásico: Teofrasto, Gracián. Ellos, como Aristóteles propusieron “proyectos fundamentales de existencia, modos de vida” La tarea del intelectual será, por tanto, fundamentalmente moral. Admitamos sin dificultad –señala el profesor- que lo que hay no es lo que debe haber. De ahí se deriva la raíz profundamente inconformista del intelectual que, con sus palabras, ha de ser un “outsider”, un “revolté”. Constituiría, por tanto, “la conciencia moral de la sociedad”, “la voz de la porción minoritaria más avanzada, disponible y progresiva de la sociedad” (Aranguren 1994a, 638).

Ha de ser, él mismo, un profesional ejemplar en su trabajo para ganar no “potestas” sino “autoritas”. Deberá luchar por la verdad y la libertad de todos, de ahí su condición de solidario que no puede desentenderse de la política; pero también será solitario porque no se habrá adherido a la simplificación de la realidad en que consiste la política.

Prefigurando ya *Ética y Política*, su libro de 1963, Aranguren avanza

---

1 En “El oficio del moralista en la sociedad actual”, en *Papeles de Son Armadans*, julio 1959, n° XL (Aranguren 1994a, vol. 2).

ahora la relación dramática del intelectual con la política: “El intelectual denuncia una sociedad de la que se sabe y se siente solidariamente responsable”, “alumbrando nuevos proyectos de existencia, nuevos modos de ser y de vivir, debe recordar el deber y decir 'no' a la injusticia” (*Ibid.*, 640).

En 1969 Aranguren escribe un libro, a mi juicio, muy especial: *Memorias y Esperanzas Españolas*, cuyo propósito es mostrar, con sus propias palabras: “el sentido que he querido dar a mi acción intelectual” (Aranguren 1969, 14).

Continúa allí con su propuesta de modelo del oficio de intelectual; su labor consistiría en ser la voz de los sin voz. De los que, orteguianamente, no asisten a su propia vida. Despertarlos a la conciencia y ser la palabra que se busca pero que parece que solo encuentra el intelectual.

No tanto el *mâitre a penser* sino el que a lo largo de su vida asume la tarea de aprender. Aprender de los libros “*pero aprender sobre todo de la vida*”. El intelectual nos dirá –y en esto la primera parte del libro me parece modélica- consiste en “poseer la capacidad de independizarse del ambiente espiritual al que se pertenece y de ponerlo en cuestión” (*Ibid.*, 36). El intelectual no es un ser angélico, está en el mundo condicionado por sus circunstancias como el resto de los seres humanos. Pero en el esfuerzo por trascender intelectualmente esa situación y liberarse de ella consiste “su mejor lección de libertad”.

La labor que tomó Aranguren como suya personal fue la liberación de los demás y la suya propia. Una liberación a través de la información y la educación. Una larga marcha, también, hacia lo imposible, donde radica “lo verdaderamente, lo plenamente humano” (*Ibid.*, 222).

En 1975 insiste en la independencia del intelectual; “no se casa con nadie”, “es un excomulgado por sí mismo del sistema establecido y se sitúa críticamente frente a él” (Aranguren 1975, 236).

Como insobornable moralista de nuestro tiempo, contiene la tarea del intelectual dos vertientes: crítica y utópica. Aranguren ya ha añadido aquí un trazado nuevo a las alternativas planteadas en *Ética y Política*. La cuestión, la aspiración a la utopía que se va gestando desde su estancia en California a finales de los 60.

Aunque no puede perder de vista la política, nos dirá: “El intelectual puede –y en mi opinión debe- no pertenecer a ningún partido político”. Un punto de vista que permanecerá inalterable para el autor de *Sobre*

*imagen, identidad y heterodoxia*. Lo que propiciará la polémica con Ignacio Sotelo.

El intelectual será crítico con la sociedad y la cultura pero no destructor:

[...] la cultura establecida, liberada de su dogmatización, puede y debe seguir siendo fecunda. Lo que se ha de hacer es cuestionarla y hasta hostigarla, volver los ojos también a otros precedentes culturales, tan nuestros como el establecido, pero sofocados por él (*Ibid.*, 238).

Tres años después, publica *El oficio del intelectual y la crítica de la crítica*. Recién instaurada la democracia precisa: “la vigilancia crítica del gobierno es la tarea del intelectual” (Aranguren 1994b, 304). Denunciará, por tanto, la injusticia del régimen establecido y propondrá alternativas mejores.

Ya nos había recordado que ni Lutero ni Valdés eran intelectuales por más críticos que resultaran. “Quien actúa al servicio del régimen establecido no es intelectual en sentido moral”. En el mejor de los casos, precisará más tarde, será un probo funcionario.

Tras la muerte de Franco va escribiendo una crónica detallada de aquellos años fundamentales de transición a la democracia. *La democracia establecida. Una crítica intelectual*, de 1978, recoge buena parte de sus escritos periodísticos de entonces.

Intelectuales y políticos necesitan, según Aranguren, autoridad moral. Elabora así, su teoría de la democracia como moral:

La democracia, antes y más profundamente que un sistema de gobierno, es un sistema de valores que demanda una reeducación político-moral. [...] Organización de la democracia significa participación plenaria de los ciudadanos en ella. Es decir, responsabilización personal y solidaria. La democracia como participación, necesariamente complementada por la democracia como representación (Aranguren 1994c, 396).

El fundamento de la democracia es la democracia como moral. Moral en tanto que compromiso sin reserva, Responsabilización plena. Y moral en tanto que instancia crítica permanente, actitud crítica siempre vigilante. Crítica de todo lo establecido porque lo establecido es lo hecho ya y no lo moral, es decir, lo que está aun por hacer, lo que es todavía, una incumplida exigencia (*Ibid.*, 400).

Por tanto, la tarea intelectual sigue siendo crítica y a la vez utópica. El intelectual debe proponer la utopía pero también criticar rigurosamente lo real. Porque lo que es –todavía– lo que debe, lo que puede ser.

Ha de criticar el sistema ”y luchar contra él desde relativamente

dentro de él, con un pie dentro y otro fuera de él”, “ni completamente dentro, ni completamente fuera, en la participación sin pertenencia, en la asistencia sin adhesión” (*Íbid.*, 419 y 532).

La relación del intelectual con el poder, la perfila así en 1977:

El intelectual tal como yo lo entiendo, no puede, no debe estar nunca con el poder, yo diría –con una relativa exageración– que ni tan siquiera con el poder –participado– de la oposición establecida. Debe estar en la crítica del poder actual y del que le suceda. Y, en la medida en que esa crítica encierre poder, también en la crítica de sí mismo, en la autocrítica (*Íbid.*, 452).

Por ello, no creía Aranguren que los intelectuales tuvieran su lugar en las Cortes que iban a llegar.

Afectado como tantos en los 60, por el existencialismo (a Aranguren esta afectación le vino antes y de modo más “auténtico”, con la lectura de *Sein und Zeit* muy a comienzos del los 40 ), no compartió nunca el mito existencial de la autenticidad. Creía que el actuar del ser humano es siempre representación. Que hemos de ejecutar a lo largo de nuestra vida y en el mismo día, varios papeles. Que hay que representarlos bien pero que no hay, tras la capa representativa, una esencia “auténtica” que descubrir o manifestar. Por eso:

Pensar que los intelectuales somos lo auténtico –palabra ya tan desacreditada– y los políticos los farsantes, es autoatribuirse el *beau rôle* [...] nosotros desde el cómodo y bien protegido sillón de nuestro cuarto de trabajo, declamamos [...] criticar y a lo sumo proponer modelos utópicos, pero sin exponernos a la intemperie de la vida pública, con sus asechanzas, su desgaste y su crueldad [...] debemos esforzarnos en representar bien nuestro papel (*Íbid.*, pg. 471).

Aun así, el intelectual se mantiene al margen de la política porque elige siempre la ética frente a la política. Y además del intelectual de relumbrón, Aranguren llamará intelectuales a todos los que se encuentran políticamente comprometidos y políticamente independientes, ejerciendo esa razón a la vez crítica y utópica.

En 1982, en *Sobre imagen, identidad y heterodoxia*, un libro muy significativo para comprender el último Aranguren, añade una nota afectiva a su definición de intelectual: “me aplico yo mismo estas palabras de Régis Debray: el intelectual es el único que no puede vivir sin ser amado” (Aranguren 1982, 185).

Hasta aquí, digamos, la teoría de Aranguren sobre el intelectual; pasemos ahora a describir, brevemente, algunos aspectos de su práctica

como intelectual.

El mismo reconoció que su labor como intelectual comienza cuando llega a la cátedra de Ética y Sociología en 1955. Ya hemos hablado de que la guerra le ensimismó en un recogimiento religioso que produjo su librito sobre San Juan de la Cruz. Podríamos decir que se sintió por entonces y como hemos apuntado con sus palabras al comienzo, en “el exilio interior”. Creo que es destacable como él mismo señaló (Aranguren 1969), el artículo “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, de 1953 que significó un primer y sólido vínculo con el exilio.

Conviene tener en cuenta que la censura que el régimen imponía por entonces era férrea. Hasta su libro *Catolicismo y Protestantismo* tuvo problemas con Roma, problemas instigados desde España y que se resolvieron gracias a que el censor era su amigo el Padre Ceñal que “pagaría” su apertura con otra especie de exilio religioso. De ahí que su primer texto riguroso y sólido también en sus implicaciones políticas sobre lo que debe ser el intelectual sea de 1959.

Aranguren no participó en los movimientos universitarios de 1956 pero sí apoyo claramente los de 1965. Esto, como se sabe, le valió la expulsión de su cátedra y su obligado exilio académico a California. Para entonces (1969) ya había diagnosticado la raíz de los problemas de la sociedad española: la desmoralización. Una desmoralización que afectaba sobre todo a la masa social que “neutralizada políticamente” solo quería vivir mejor. Anestesiada por la dictadura, se deja mandar.

Por tanto, la clave sería la relación entre ética y política que ya había tratado (1963). No se puede dar por bueno el “realismo político”, esa maquiavélica sumisión de la ética a los intereses políticos, ni se trata del puritanismo intelectual, de la trabazón imposible entre una y otra. La relación ética y política es insustituible y será problemática, dramática pero realizable. La política debe asentarse en la moral. Esto conlleva que el hombre abstracto se debe transformar en ciudadano. Lo que después llamará democracia como moral.

Una vez muerto el dictador, Aranguren participó activamente en la prensa ejerciendo el papel que consideró fundamental para el intelectual. La crónica desde julio de 1976 hasta julio de 1978 recogida en *La democracia establecida*, lleva como subtítulo *Una crítica intelectual*.

Formó parte Aranguren de la inmensa mayoría que no estaba por la ruptura sino por la transición. Que sabían desnaturalizados a los

franquistas Suárez o Fraga pero que se trataba de traer la democracia a España, más allá de los principios.

Evidentemente, le llama la atención la cuestión del terrorismo etarra -y también de extrema derecha, muy minoritario- que se recrudeció a partir de esos años. Él lo creía como lo creíamos la mayoría entonces, residual. Ocurrió efectivamente así con los grupos de extrema derecha pero no con eta cuya trágica presencia se agigantó con el pasar de esos años. Se sorprendía Aranguren de que ese terrorismo no fuera selectivo como el anarquista frente a los hipotéticos señores del estado y del poder sino que se ensañara a discreción con anónimos policías y guardias civiles. No vio con claridad, quizá, que el interés de eta era conseguir la independencia del País Vasco por la violencia y que para ello necesitaba inutilizar el camino a la transición, deslegitimarlo.

Ya hemos señalado que Aranguren, al menos desde 1969, apuntaba a la desmoralización de los gobernados como la clave de la enfermedad de España. Su propuesta fue la revitalización del individuo, transformándolo en ciudadano que participa activamente, plenamente, en la tarea política. A ese despertar y a esa tarea contribuyó como intelectual.

Denunció la historia oficial del nacionalismo español (pero no para sustituirla por otras no menos irreales de los nacionalismos periféricos); el monolitismo uniforme y católico de España que se desarrolla con los Reyes Católicos, sobre todo Isabel. El franquismo lo asumió y adoptó una visión de España que Aranguren llama castellanista, con Ortega como puntal. Opone a esa visión la que Pierre Vilar o Vivens Vives dieron de Cataluña y España.

Convendría, según Aranguren, desacralizar esa visión de España que es a su juicio: “una cuestión demasiado importante para ser confiada a los chalaneos de los políticos” (1994c, 413).

Había dicho que el intelectual debe ser a la vez crítico y utópico; por tanto, la democracia a la que hay que aspirar utópicamente es a la democracia plenamente participatoria. Evitando, mientras tanto, el culto al líder y la fidelidad extremada al partido; los dos riesgos del sistema democrático donde la relación entre el ciudadano y el político es distante o no existe salvo el momento del voto. Por ello, el otro riesgo de los partidos es su reducción a una mera u momentánea maquinaria electoral, así como su transformación en aparato de poder.

Tampoco está a favor de la profesionalización de la política:

Parece un mal inevitable el de que unos hombres terminen dedicándose

profesionalmente a la política, (pero cuando menos, es exigible que antes –y deseablemente después– hayan tenido una profesión conocida y que no hayan vivido toda la vida del cuento político) (*Ibid.*, pg. 430).

Denunció también que la Constitución que llegaba era realmente sobrevenida, no buscada. Su amigo José Antonio Maravall lo denunciaba por entonces y la contraponía al entusiasmo con que fue recibida la República en 1931.

Ciertamente, era el fruto no completamente indeseable como se vio después, de la amputación de lo político que había realizado la dictadura en el ciudadano medio, y del miedo a otra guerra que hubo en aquel momento entre las personas que vivieron la guerra civil. Además del miedo hubo una decidida voluntad –exceptuando el terrorismo etarra– de que aquello no debía volver a repetirse. Aranguren recuerda –como supimos todos– que Franco murió, plácidamente, en la cama sin ningún sobresalto político importante en sus casi 40 años de dictadura personal.

Pocos años después, en 1981, confiaba en la crisis de las identidades colectivas (él, que tampoco creía demasiado en las personales) de los nacionalismos. Aranguren, obviamente, no era nacionalista y como profesor de ética confundió, tal vez, el deber ser con el ser. No pudo prever la radicalización de los nacionalismos periféricos que acaban poniendo en cuestión la noción misma de ciudadano y de estado.

Decíamos que Aranguren había denunciado esa Constitución “sobrevenida” en vez de buscada y había analizado muy bien el fundamento de esa abulia política, responsabilidad de la dictadura. Sin embargo, explicó y vio el fallido golpe de estado de 1981 como el afianzamiento real de la democracia. Entonces, por fin, la democracia fue querida, desempeñando el Rey un papel fundamental. Ya lo tuvo al posibilitar la transición, el Rey fue la pieza clave de la misma, y él salvó la democracia la noche del 23 de febrero. Así, el ejército y el Rey como poderes fácticos hasta entonces, fueron reemplazados por la Monarquía y el pueblo soberano.<sup>2</sup>

Ejemplifica el paso de la democracia delegada a la democracia participatoria en la multitudinaria manifestación del 27 de febrero. Cuando los golpistas quebrantaron la constitución, los ciudadanos la hicieron suya.

Esperaba para Cataluña “una nueva forma de existencia colectiva” que recogiera a todos los catalanes, incluidos, naturalmente, los

<sup>2</sup> La crónica de estos acontecimientos en Aranguren 1983.



castellano-parlantes; no precisamente la obligada inmersión lingüística propia del nacionalismo. Hizo hincapié en la creciente cantidad de castellano-parlantes entre sus habitantes y en la existencia de intelectuales y escritores catalanes en lengua castellana...algo que no cuenta, como sabemos, con el beneplácito del poder nacionalista existente hoy.

Vio perfectamente al periódico *El País* como el representante más eximio de intelectual colectivo. No pudo ver, afortunadamente para él, su declive, su cesantía, en ese importante papel.

Fiel a su idea de intelectual como promotor de otros modos de vida, el último Aranguren propugnaba “el jardín de una vida placentera, comunitaria y compartida, felicitaria” (Aranguren 1983, 126). Un epicureísmo comunitario y razonable, si este último calificativo no resultara redundante.

A partir de noviembre de 1995, cuando se le concedió el Premio Príncipe de Asturias de Humanidades, el deterioro físico y mental del profesor fue evidente. Vivió recluido en su casa. Como han escrito sus hijos:

[...] fue lo que quiso ser, un intelectual, es decir, y para utilizar sus propias palabras, “un excomulgado del sistema establecido y que se sitúa críticamente frente a él”, y fue también un hombre enamorado de la vida, al que gustaba estar rodeado de amigos, interesado por la música y a quien le encantaba bailar, el cine y el teatro, el arte y la poesía, las mujeres, los viajes y el whisky de malta (Felipe y Eduardo Aranguren 1997, 50).

## **Bibliografía**

- Aranguren, José Luis (1969), *Memorias y esperanzas españolas*, Taurus, Madrid.
- (1975), “Misión transgresiva del intelectual”, en *La cultura española y la cultura establecida*, Taurus.
- (1994a), “El buen talante”, en *Obras Completas*, vol. 2, Trotta, Madrid.
- (1994b), “El oficio del intelectual y la crítica de la crítica”, en *Obras Completas*, Trotta, Madrid.
- (1994c), “La democracia establecida. Una crítica intelectual”, en *Obras Completas*, vol. 2, Trotta, Madrid.
- (1982) *Sobre imagen, identidad y heterodoxia*, Taurus, Madrid.